

San Antonio Abad

San Antonio Abad nació hacia el año 251 en Coma, cerca de Heraclea, en el Alto Egipto; en el seno de una familia cristiana acomodada.

Al quedar huérfano siendo joven, escuchó en la iglesia el Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme» (Mt 19,21). Tomó estas palabras de forma literal y decidió entregar su vida totalmente a Dios.

Así lo hizo el rico heredero, reservando sólo parte para una hermana, a la que entregó, parece, al cuidado de unas vírgenes consagradas.

Llevó inicialmente vida apartada en su propia aldea, pero pronto se marchó al desierto, adiestrándose en las prácticas eremíticas junto a un cierto Pablo, anciano experto en la vida solitaria.

En su busca de soledad y persiguiendo el desarrollo de su experiencia, llegó a fijar su residencia entre unas antiguas tumbas. ¿Por qué esta elección?. Era un gesto profético, liberador. Los hombres de su tiempo -como los de nuestros días - temían desmesuradamente a los cementerios, que creían poblados de demonios. La presencia de Antonio entre los abandonados sepulcros era un claro mentís a tales supersticiones y proclamaba, a su manera, el triunfo de la resurrección. Todo -aún los lugares que más espantan a la naturaleza humana - es de Dios, que en Cristo lo ha redimido todo; la fe descubre siempre nuevas fronteras donde extender la salvación. De acuerdo a los relatos de san Atanasio y de san Jerónimo, popularizados en el libro de vidas de santos La leyenda dorada que compiló el dominico genovés Santiago de la Vorágine en el siglo XIII, Antonio fue reiteradamente tentado por el demonio en el desierto.

Su fama de hombre santo y austero atrajo a numerosos discípulos, a los que organizó en un grupo de ermitaños junto a Pispir y otro en Arsínoe. Por ello, se le considera el fundador de la tradición monacal cristiana. Sin embargo, y pese al atractivo que su carisma ejercía, nunca optó por la vida en comunidad y se retiró al monte Colzim, cerca del Mar Rojo como ermitaño. Abandonó su retiro en 311 para visitar Alejandría y predicar contra el arrianismo.

Se afirma que Antonio vivió hasta los 105 años, y que dio orden de que sus restos reposasen a su muerte en una tumba anónima. Sin embargo, alrededor de 561 sus reliquias fueron llevadas a Alejandría, donde fueron veneradas hasta alrededor del siglo XII, cuando fueron trasladadas a Constantinopla. La Orden de los Caballeros del Hospital de San Antonio, conocidos como Hospitalarios, fundada por esas fechas, se puso bajo su advocación. La iconografía lo refleja, representando con frecuencia a Antonio con el hábito negro de los Hospitalarios y la tau o la cruz egipcia que vino a ser el emblema como era conocido.

Tras la caída de Constantinopla, las reliquias de Antonio fueron llevadas a la provincia francesa del Delfinado, a una abadía que años después se hizo célebre bajo el nombre de Saint-Antoine-en-Viennois. La devoción por este santo llegó también a tierras valencianas, difundida por el obispo de Tortosa a principios del siglo XIV.

La orden de los antonianos se ha especializado desde el principio en la atención y cuidado de enfermos con dolencias contagiosas: peste, lepra, sarna, venéreas y sobre todo el ergotismo, llamado también fuego de San Antón o fuego sacro o culebrilla. Se establecieron en varios puntos del Camino de Santiago, a las afueras de las ciudades, donde atendían a los peregrinos afectados.

El hábito de la orden es una túnica de sayal con capuchón y llevan siempre una cruz en forma de tau, como la de los templarios. Durante la Edad Media además tenían la costumbre de dejar sus cerdos sueltos por las calles para que la gente les alimentara. Su carne se destinaba a los hospitales o se vendía para recaudar dinero para la atención de los enfermos.

San Atanasio escribe estas palabras sobre san Antonio: "El hecho de que fuera conocido en todas partes, admirado y deseado por todos, incluso por aquellos que no lo habían visto, es signo de su virtud y de su alma amiga de Dios. En efecto, no se le conoce por sus escritos, por una sabiduría profana o alguna capacidad especial, sino sólo por su piedad hacia Dios.

La Iglesia lo celebra el 17 de enero. Es patrono de los animales domésticos, del campo y de los trabajadores rurales.

Actividades para celebrar su día

- En lo personal: Leer un fragmento del Evangelio (Mt 19,16-22) y reflexionar: ¿Qué me pide hoy el Señor dejar o simplificar para seguirlo mejor?

Dedicar un tiempo de silencio y oración, inspirados en su vida en el desierto.

Practicar una renuncia concreta (ayuno, menos uso del celular, acto de sobriedad).

Rezar esta breve oración:

"Señor, como san Antonio Abad, dame un corazón libre para buscarte y confiar solo en Ti."

- En familia: Leer juntos una breve historia de san Antonio adaptada a los niños.

Dialogar: ¿Qué significa vivir con sencillez? ¿Cómo cuidamos la creación y los animales?

Bendecir a las mascotas del hogar con una oración sencilla.

Realizar un gesto solidario: compartir alimentos o ropa con quien lo necesite.

Encender una vela y rezar juntos por la paz y la fortaleza espiritual de la familia.

✠ En comunidad parroquial: Celebrar la Santa Misa en su honor, destacando la vida de oración y desprendimiento.

Bendición de los animales, especialmente en zonas rurales.

Jornada de adoración o retiro breve sobre el silencio, la oración y el combate espiritual.

Actividad solidaria comunitaria (colecta de alimentos, visita a enfermos).

Catequesis o charla sobre el valor del monacato y la vida consagrada hoy.

Procesión o momento de oración comunitaria pidiendo protección para el trabajo y el campo.

Mensaje central de san Antonio Abad

“Buscar a Dios con un corazón libre, confiando en su gracia y viviendo con sencillez, oración y perseverancia.”